

# La Concepción y otros amores

Miguel Ángel **Peláez González**

Fotografía: **M<sup>a</sup> del Carmen Martínez Castro**

A José M<sup>a</sup> Davó, decano emérito, flamante vicepresidente del Consejo de la Abogacía Europea y querido amigo y compañero, a quien le debía este artículo desde hace años.

**Con este artículo la revista Miramar abre un espacio donde los propios compañeros nos pondrán, a través de sus aficiones, rutas de senderismo, hoteles con encanto, viajes a realizar o, como en el caso que nos ocupa, la visita de un jardín para disfrutar observando sus maravillosos ejemplares. Desde aquí os animamos a participar.**

**E**ste año ya es tarde. Si no la fuisteis a visitar durante el mes de marzo, tendréis que esperar al del año que viene. Cuando llegue a vuestras manos este artículo, las glicinias del Jardín Botánico-Histórico La Concepción habrán dejado caer blandamente todas sus flores y habrán convertido en mullida alfombra de un delicado color lila la hasta entonces española mantilla florida y perfumada del gran cenador de hierro, fundido en la histórica ferrería malagueña de Heredia. Seguirá siendo, sin embargo, el impresionante y bellissimo espectáculo de una trepadora que posiblemente sea el conjunto de ejemplares de *Wisteria sinensis* (tal es su nombre científico) más importante de Europa, con ramas de más de sesenta metros de longitud y que trepan hasta más de veinte de altura entre los grandes árboles cercanos al cenador. Yo la he visitado esta misma tarde, antes de ponerme a escribir, y, como cada año, he vuelto a sorprenderme y comprobar que no es que yo lo tenga idealizado, sino que de verdad se trata de un espectáculo único e inigualable. No dejéis pasar la ocasión el año que viene. Su floración depende naturalmente, cada año de «como venga» la primavera: tardía o temprana, húmeda o seca, calurosa o fresca, pero la prensa local se ocupa siempre de avisarnos.

Descubrí La Concepción hace ya muchos años, cuando todavía pertenecía la finca a la familia Echeverría Echeverrieta y su estado de abandono le daba la apariencia de una auténtica selva. Me la enseñaron dos buenos amigos, Manolo Martínez Castro y Rafael González Andreu, ambos ligados profesionalmente

al mundo de las plantas y los dos prematura y, por lo tanto injustamente, fallecidos en el mejor momento de sus vidas. Nunca he olvidado aquella primera visita y nunca olvidaré a quienes me la regalaron, oficiando de guías de lujo. Los evoco cada vez que ahora soy yo el que hace de modesto guía. Y lo soy con relativa frecuencia, por mi pertenencia a la Junta Directiva de la Asociación de Amigos del Jardín Botánico-Histórico La Concepción y, no sólo para cuánto amigo o familiar me lo insinúa, sino que, con un desparpajo y una audacia que a mí mismo me sorprenden, incluso lo he sido para grupos de visitantes expertos en botánica. Naturalmente en esos casos advierto a mis invitados que mi profesión es la abogacía y les prometo compensar mi ignorancia con amor y entusiasmo y esforzarme en aprender cuanto ellos quieran enseñarme sobre lo que yo les muestre. (El colmo lo alcancé guiando la visita de un grupo de asistentes al reciente Congreso Mundial de Palinología. Una vez que averigüé de qué ciencia se trataba, podéis imaginar todo lo que yo aprendí esa tarde sobre el polen).

Pero, si la glicinia es, digamos, el estandarte de La Concepción por la espectacularidad de su floración, son muchísimos otros los valores de la finca que la hacen digna de ser visitada, paseada, explorada y disfrutada una y otra vez, en cualquier época del año y a cualquier hora. Y hablo de toda la finca, no solo del Jardín Histórico. Porque, si en éste se encuentran, además de la casa-palacio, reciente y magníficamente restaurada, el ya citado cenador, de varias fuentes, cascadas y rías,

salvadas por puentes de hierro todos de la ferrería Heredia, la colección de centenarios y enormes árboles y arbustos y plantas de una importante variedad de familias, géneros y especies te dejan alucinado por sus dimensiones, por su rareza o por mil otras razones. Ficus de troncos y raíces espectaculares; gran cantidad de ejemplares valiosísimos y preciosos de palmeras de todas las partes del mundo y de verdadera fantasía en sus troncos, hojas, flores y frutos; las mas altas araucarias de la provincia de Málaga, los bosques de bambúes de distintas especies; los conjuntos de *Strelitzias reginae* y *nicolai* (ave del paraíso) o de *Monstera deliciosa* (costilla de Adán), o rincones como el del Museo Loringiano o La Casita del Jardinero (sede de la Asociación de Amigos); el señorial paseo de acceso a la casa-palacio bajo la altísima bóveda de plátanos de sombra y, desde cualquiera de sus puntos, la profundidad del paisaje interior y hacia el cielo, la increíble variedad de verdes y ocres, los cambiantes matices de la luz y del sol a través de la vegetación, el continuo trinar de los pájaros y, si tenemos paciencia y algo de suerte, el jugueteo de alguna que otra ardilla. Si eso encontramos en el Jardín Histórico, decía, el paseo queda incompleto si no recorremos la «Ruta de los Miradores», a media altura de la ladera que lo protege y que nos permite ver las altas copas y toda la cubierta vegetal de aquél y descansar en el Mirador de Los Amigos, concebido para mirar hacia el propio Jardín Histórico y rodeados de especies autóctonas o en el Mirador de Castilla-León, donado por su Casa Regional y literalmente escondido entre una variada muestra de plantas aromáticas, y, sobre todo, llegar al original Mirador de la Concepción, ese grácil templete circular de blanquísimas columnas e inmaculada bóveda, que se ve desde que salimos de Málaga hacia Granada y desde el que se disfruta de una amplísima panorámica de la ciudad, los Montes de Málaga y la vecina finca de San José.

Dignos de verse también son las llamadas «Ruta de la Vuelta al Mundo en 80 Árboles», «Ruta del Pacífico», «Ruta de Las Plantas en la Vida del Hombre» (con una magnífica colección de vides y un cuatro veces centenario olivo). Y, ya para los auténticos «forofos», la Ruta Forestal, que discurre por encima de la cota de la de los Miradores, desde el último de ellos, al sur, hasta casi el lindero norte de la finca, allá por la «Ruta de los 80 Árboles». Ni que decir hay que fuera del Jardín Histórico podemos encontrar los aficionados a las plantas silvestres un verdadero catálogo de ellas, tanto de las propias de matorral o monte bajo mediterráneo como de las que prefieren la huerta, los bordes de caminos y las umbrosas cañadas. Cada visita te permite descubrir, tanto en el Jardín



como en el resto de la finca, alguna especie en la que no habías reparado antes.

Pero debo reconocer que el artículo de mi deuda con José María Davó estaba mucho mas relacionado con el ejercicio de nuestra profesión de abogados. Quería haber compartido con vosotros mi sistema de relajación personal previo y posterior a cualquier actuación en el Palacio de Justicia del Miramar, que consistía en ir siempre paseando por el Parque y observando cómo su árboles y plantas iban brotando, creciendo, floreciendo y fructificando, tomando notas sobre la época en que uno u otro ejemplar resultaba más digno de atención por su floración o fructificación, por el aroma de sus hojas, su corteza o sus flores, o por el cambio de color de sus hojas y su caída otoñal. Os aseguro que llegaba al juzgado como si hubiese tomado una buena dosis de ansiolíticos.

El estreno de la Ciudad de la Justicia me ha privado de aquel relajante paseo, pero no del método. Os recomiendo aparcar vuestro coche algo lejos y caminar observando las tan variadas como curiosas plantas silvestres que todavía crecen en los solares y en los alcorques de la calle Fiscal Luis Portero. Veréis margaritas blancas y amarillas, viboreras azules y moradas, campanillas rosadas y blancas, sorprendentes pepinillos del diablo y un montón de preciosas «malas yerbas». A mí me resultan yerbas curiosas, amables y muy relajantes. Nada perderéis por intentarlo. 